

VÍCTOR DÍAZ ARCINIEGA*

Entre los dos flancos¹

1. “Vuelvo a nuestro Platón y soy fiel a un ideal estético y ético a la vez, hecho de bien y de belleza”, respondió Alfonso Reyes a un reportero del periódico *El Universal* en 1924, cuando sumaba 24 años de edad y visitaba México después de 11 años de ausencia, transcurridos en Francia y, principalmente, España. Estas palabras fueron publicadas entonces y poco después las recogió en su libro *Simpatías y diferencias* (1926) con el título de “Respuestas”. Durante muchos años, Alfonso Rangel Guerra revisó una y otra vez esas palabras hasta que, para la celebración del quincuagésimo aniversario del fallecimiento de don Alfonso, las tomó como centro de su discurso con el cual agradeció el otorgamiento del Premio Internacional Alfonso Reyes. Como queda dicho, en “Respuestas” Reyes describió dos de los tres flancos que articulaba dentro de su creación literaria y de sus acciones públicas; esas respuestas eran la sincera expresión de sus creencias y prácticas.

En su discurso *Alfonso Reyes y el ideal estético y ético en la creación literaria* (2009), Rangel Guerra desplegó con generosidad sus habilidades analíticas, su sensibilidad estética y ética y su ponderada comprensión del hombre y la obra a los que había dedicado tantos años como los transcurridos desde 1955, cuando en sus juveniles 27 de edad dictó su conferencia *Alfonso Reyes y su idea de la historia*, en el marco del jubileo de don Alfonso. Ahora, para estas consideraciones, esos dos discursos de Rangel Guerra los tomo como ilustrativos de los dos flancos dentro de los cuales él ha realizado sus análisis de diversos temas de la obra de Reyes. Comprensiblemente, según la necesidad y propósitos de sus ensayos (unos como artículos académicos y otros como conferencias o ponencias),

Rangel Guerra,
Alfonso.
*Palabras para
Alfonso Reyes.*
México, El Colegio
de México, 2013.
548 pp.

* Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, Departamento de Humanidades.

¹ Comentario al libro *Palabras para Alfonso Reyes*, expuesto en el auditorio Alfonso Reyes, de El Colegio de México, el 3 de septiembre de 2013. Las obras mencionadas en la presente reseña están compiladas en las *Obras completas* del autor, publicadas por el Fondo de Cultura Económica.

Rangel Guerra realizó sus análisis dentro de dos perspectivas: sea a partir de temas específicos, expandió su estudio hacia segmentos amplios de la obra; o sea, a partir de obras particulares desplegó sus consideraciones exegéticas para hacer explicaciones, independientemente de su extensión y complejidad. El repertorio es amplio, pues en el volumen que nos ocupa se recogen veintinueve textos.

Las estrategias empleadas en los análisis muestran el empleo de recursos hermenéuticos y, también, exhibe propósitos didácticos, ambos comunes en la técnica del comentario de textos. Esto se explica porque, a lo largo de su vida, Rangel Guerra se ha desempeñado como profesor e investigador en instituciones de educación superior y, asimismo, como funcionario con cargos de dirección en los ámbitos de la educación pública y del servicio exterior. Consecuentemente, esos recursos hermenéuticos y propósitos didácticos aparecen en sus estrategias técnicas para analizar la obra de Reyes y en su comedido tono expositivo de sus ensayos –tuvo la fineza de no fatigar al lector con el aparato erudito común en los artículos académicos– y en su cortesía, acentuada en su trato personal. Sin temor a equivocarme, esto se debe a Alfonso Reyes, porque quien se ha ocupado tan intensa y extensamente en su biografía y obra no puede proseguir su propia vida indiferente a tal influencia, y Alfonso Rangel Guerra es una elocuente y viva representación de ese generoso ascendiente.

Como don Alfonso, también nuestro crítico se ha empeñado en “asediar a una misma plaza fuerte” –son palabras de Reyes, quien añadió– y “no acaba de rendirse”, según cita en alguno de sus ensayos. Pero a diferencia de don Alfonso, quien libérrimamente desplegó sus apetitos intelectuales y culturales dentro de su creación literaria –que alcanzó dimensiones enciclopédicas–, Rangel Guerra estableció campos de acción y estrategias definidas para el ataque analítico, como queda dicho: o induce aquí (exégesis explicativa) o deduce allá (síntesis parafrástica comentada). En otras palabras, la operación lógica de sus análisis críticos está ceñida a propósitos exegéticos basados sobre un amplio conocimiento de la vida y obra en sus particularidades, y sobre una ponderada comprensión del lugar de Reyes en la historia cultural; con herramientas hermenéuticas, desarticula sus tratamientos, ideas y no menos importante sus intensiones y ofrece discretas vías de interpretación de las ideas de Reyes, desde una perspectiva de depurada valoración filosófica y filológica.

2. Ahora, me ocuparé de uno de los flancos que tanto ocupó a don Alfonso durante los últimos 25 años de su vida y, también,

a Rangel Guerra: la noción de literatura, la que implícitamente considera los aspectos estéticos y éticos que la distinguen. A partir de su compilación *La experiencia literaria* (1942, recoge ensayos de pocos años atrás), Reyes se afanó decidida y sistemáticamente en el tema, que desarrollará en *La crítica de la edad ateniense* (1941) y *El deslinde* (1943) y otros cuatro o cinco libros más dedicados a desentrañar el *ser* de la literatura. Lo sabemos, fatigó las fuentes del saber clásico occidental y agotó su universal saber literario para, con tan caudalosos torrentes, integrar la caracterización del *ser* literario, en sus múltiples manifestaciones y funciones. Dentro de esas manifestaciones, destacaré una de las muchas preguntas que él formulaba, según nos explica Rangel Guerra: ¿cómo opera el espíritu (razón) y cómo el alma (emociones) dentro de la creación literaria? Para decirlo rápido: en su muy extenso y detallado estudio que busca dar respuesta a muchas preguntas equivalentes a la referida, don Alfonso estaba formulando una teoría literaria como base para una propuesta hermenéutica según los principios epistemológicos de la fenomenología de Edmund Husserl (que también sirvió de base a las propuestas de Hans-George Gadamer y Paul Ricoeur, que publicarían sus reflexiones dos y más décadas después).

Con una perspectiva conjunta de la obra de Reyes y con herramientas conceptuales contemporáneas, Rangel Guerra se ocupó de esa teoría, como muestra su amplio y detallado estudio *Las ideas literarias de Alfonso Reyes* (1989). Erudito y sabio, este libro es una propuesta de sistematización de las concepciones de Reyes y en ella evidenció la complejidad de esas ideas, en lo cual no me detendré aquí. Pero sí he de decir que pasados los años y en más de una ocasión, Rangel Guerra volvió sobre esa teoría como muestran cinco de los ensayos recogidos en *Palabras para Alfonso Reyes*, basados sobre sus anteriores estudios y ahora en torno a ciertas particularidades antes no consideradas. Una sobresaliente la identifico en su atención a la manera como (las propuestas de análisis del *ser* de la literatura) don Alfonso reconoce la operación simultánea de la conciencia histórica, la conciencia estética y la conciencia ética dentro de la literatura.

La articulación de esta triple conciencia dentro de las obras literarias, Rangel Guerra la analizó de manera tangencial en sus ensayos, los cuales fueron escritos durante los últimos veinte años, salvo los dos primeros. Me detengo en el detalle, porque con él puedo exaltar la ponderada madurez de sus análisis, invariablemente desarrollados sobre principios deductivos o inductivos, como ya indiqué. Si en sus dos tempranos ensayos (escritos cuando contaba 27 y 28 años de edad) Rangel Guerra ya mostraba una amplia y

consistente visión de conjunto de la obra de Reyes, los 27 ensayos restantes que elaborará a partir de sus 50 años de edad ya revelan nítida su percepción de esa triple conciencia, siempre presente y siempre activa, aunque nunca explícita en su caracterización. Por ejemplo, sus ensayos de explicación parafrástica de seis epistolarios de don Alfonso (Menéndez Pelayo, Urbina, Foulche-Delbosc, Henríquez Ureña y Estrada), Rangel Guerra tácitamente se ocupó de la *discreción*, esa cualidad humana que distinguía a Reyes, pues tanto con sus maestros como con sus amigos procuraba mostrar gestos de comprensión y apoyo recíprocos, así sea en la más confianzuda de las intimidades, como ilustra su conversación epistolar con su “querido gordo” Genaro, con quien estableció un vínculo de camaradería amistosa y entendimiento profesional francamente gozoso, sin por ello perder ni altura profesional ni dignidad humana.

Si bien es cierto que el joven Rangel Guerra trató personalmente a don Alfonso durante los últimos cinco años de su vida, cuando bajo su supervisión y con su apoyo preparó la desde entonces invaluable compilación en dos gruesos volúmenes de *Páginas sobre Alfonso Reyes* (1955 y 1957), también lo es que su cercanía y confianza estaban lejos de la que Reyes mostraba con sus cercanos —que para entonces los más estrechos ya habían fallecido. Es verdad, conoció y disfrutó directamente de su cortesía, confianza y bonhomía, pero la conversación epistolar entre aquellos otros amigos —y ahora son muchos los epistolarios accesibles que servirían como ejemplo— revelan cómo don Alfonso articulaba su experiencia vital con su experiencia literaria o, en otros términos, cómo en sus gestos de cortesía (conciencia ética) interpersonal se expresaba su visión de mundo (conciencia histórica) y su lenguaje (conciencia estética). Por la coincidencia recíproca en esta triple conciencia, por ejemplo, se dibujan netos los flancos éticos y estéticos en la extensa conversación entre Luis G. Urbina y Alfonso Reyes, que tan comedidamente reconstruyó Rangel Guerra y que tan vibrante empatía revela todavía hoy

3. En horizontes ciertamente amplios y públicos, en los que no abandonó su sutil rasgo conversacional que distingue a buena parte de su prosa ensayística y narrativa, Alfonso Reyes prosiguió en la conjunción de esa triple cualidad que lo identifica. Rangel Guerra mostró otros varios ejemplos, todos elocuentes. Me detendré ahora en dos ejemplos emblemáticos de la conciencia histórica, que ubica en el tiempo y espacio a los flancos éticos y estéticos: la creación y uso de su correo *Monterrey* a partir de 1930 y la acusación

que en 1932 se le hizo a Reyes por no ocuparse de cosas de México en su “correo literario”, lo cual motivó su significativa respuesta “A vuelta de correo” (1932). Como lo mostró Rangel Guerra, si *Monterrey* era la invitación a establecer y proseguir una tan pública como colectiva conversación inteligente y constructiva, la respuesta a la impugnación resultó “el establecimiento –cito sus palabras– de las ideas fundamentales para entender la tarea intelectual y el papel del escritor en la literatura nacional”. En otras palabras, el tema que analizó Rangel Guerra a partir de ambos ejemplos era central en la vida de Alfonso Reyes: su concepto del “hombre de letras” y las funciones que le correspondía desempeñar, más en su muy acusada convicción humanística.

Para ponderar esta idea más allá de lo estrictamente conceptual, como lo hace Rangel Guerra, debo hacer una digresión hacia eso que da sentido y significado a la abstracta conciencia histórica. Es conveniente invocar la circunstancia coyuntural de los primeros años de la década de 1930 referidos, cuando el quiebre de la economía internacional de 1929, en Estados Unidos, repercutió en todo el mundo como un violento catalizador social y político y, simultáneamente, cuando en México los sucesivos cambios de gobiernos se precipitaron a partir del asesinato de Álvaro Obregón, en 1928; también cuando ocurren las intensas experiencias que Reyes estuvo viviendo en Argentina y Brasil, al punto de que ellas actuaron como un *reactivo* –término que entonces él empleaba en sus ensayos, correspondencia e informes diplomáticos– cuyo inesperado efecto fue el profundo cambio en su vida ocurrido en el lapso de pocas semanas. Los episodios y trascendencia sobre Reyes fueron así: entonces dejó el Buenos Aires de la placidez de una representación diplomática protocolar —por la que adquirió una deuda crediticia— y llegó a un Río de Janeiro en donde irrumpiría el golpe de estado encabezado por Getulio Vargas y con ello la estrategia diplomática indispensable para comprender y explicar los acontecimientos a la Superioridad, y entre el tumulto de hechos subrayaré uno no menos importante y siempre pasado por alto: para su vida cotidiana en Río de Janeiro dejó la lengua española y se habilitó en la portuguesa, y con ella descubrió la belleza natural y humana de Brasil. Cuando en 1939 se embarcó rumbo a México, estaba dejando atrás y concluyendo dos décadas ininterrumpidas al servicio de Relaciones Exteriores.

En otras palabras, el tránsito entre los 40 y los 50 años de edad Alfonso Reyes lo vivió como un profundo proceso de transformación que lo confrontó con su propia conciencia, en el referido triple horizonte ético, estético e histórico. Así consta en “Discurso por

Virgilio" (1931) y "Atenea política" (1932), o en *Yerbas del tarahumara* (1934) y *Cantata en la tumba de Federico García Lorca* (1937), o en "La idea política en Goethe" (1937) y "Mallarmé entre nosotros" (1938), para sólo referir un mínimo y elocuente segmento de su obra literaria escrita en esos años; también consta en su desempeño como embajador, porque ahí se reveló el agudo y ponderado observador político rara vez considerado en las valoraciones de don Alfonso. Aunque Rangel Guerra conoce al detalle estas características de la vida y obra de Reyes, entre sus lectores y escuchas da por conocidos estos múltiples entornos para concentrar sus análisis en el cuerpo de las ideas consignadas en los textos, los cuales glosa y explica con ponderada atingencia, pero sin referir los variados entornos vitales.

Esta digresión contextual me permite comentar de otra manera los aciertos de Rangel Guerra en su muy pertinente y amplia consideración sobre la idea del "hombre de letras" que Alfonso Reyes estructuraba y desplegaba dentro de propósitos humanísticos, como muy bien describe analíticamente nuestro crítico en algunos de sus ensayos. Aunque nuevamente debo disgregar para evocar otra marca referencial en la vida de don Alfonso: invocaré ahora cómo aquellos muchachos del Ateneo de la Juventud se enfrentaron no sólo contra el positivismo en tanto doctrina pedagógica y paradigma científico y cultural, sino también cómo se rebelaron contra la amodorrada, pacata e hipócrita comunidad letrada, en la cual el uso de la imaginación e inteligencia se sujetaba a conveniencias interesadas –para decirlo eufemísticamente. Este aletargado esquema de pensamiento y conducta vigente en el cambio de siglo mexicano coincide con el muy enérgico reclamo moral *Je accuse* hecho por Émile Zola. Es en ese entorno cuando el muy joven Alfonso estaba comenzando la simbólica e íntima construcción de su idea de *intelectual* –naciente versión moderna del "hombre de letras"–; es en su adolescencia y primera juventud, repito, cuando él está identificando para sí las características de su vocación literaria, que muy paulatinamente, y quizás sin darse cuenta, fue decantando y articulando sobre el triple cimiento de su conciencia, el ético, el estético y el histórico, como ilustra su invocación de Platón citada al inicio de estas páginas.

4. Esta extensa digresión me permite dibujar neto el sentido social del otro de los dos flancos analizados por Rangel Guerra. En poco más de media docena de los ensayos y discursos reunidos en *Palabras para Alfonso Reyes*, puso particular énfasis en examinar los aspectos de la conciencia ética, y en por lo menos otros tres se

ocupó de la dimensión humanística de su conducta, sin omitir, en ambas perspectivas, ni la conciencia estética ni la histórica –aunque ésta la redujo a lo concerniente a las ideas. Quizás las circunstancias que animaron los ensayos de Rangel Guerra motivaron el énfasis en la conciencia ética, lo cual siempre es conveniente –más cuando se cumplen funciones pedagógicas y de servicio público, como las que compartimos en nuestras vidas profesionales. En su glosa explicativa de “A vuelta de correo”, Rangel Guerra aborda con incisiva elegancia y aguda penetración cómo fue el cambio de Reyes al asumir el lugar protagónico que se le reclamaba para la vida pública en aquel México de 1932. En términos contemporáneos, Reyes estaba trazando las líneas inaugurales de un deber ser de la política intelectual para México, tanto en la responsabilidad con la vocación propia y el conocimiento universal, como en el compromiso con la comunidad social y las normas que nos rigen. Sin duda, Reyes asumía para sí mismo lo que escribió entonces: “Lo mejor en materia de educación es dar un buen ejemplo” –y ¡cuánta falta nos hace algo tan elemental!

Finalmente, sin temor a equivocarme, Alfonso Rangel Guerra ha vertido en sus actividades como investigador, profesor y servidor público una buena parte de la benéfica influencia derivada de su intenso y extenso trato con la obra de don Alfonso. Con él aprendió los métodos de la filología y hermenéutica que luego enriqueció con perspectivas contemporáneas, con él reconoció el valor de las perspectivas históricas para la mejor comprensión de las ideas estéticas y estilos literarios –y esto naturalmente lo condujo a los clásicos–, y de él tomó los gestos de una conducta pública que ha proseguido en sus tareas como servidor y docente. Por mi parte, como lector de *Palabras para Alfonso Reyes* y otros de los libros de Rangel Guerra, también me he beneficiado, porque orientó mis curiosidades, porque despejó mis sospechas, porque me estimuló nuevas vías de acceso a la enciclopedia alfonsina, porque me ayudó a desbrozar y reordenar mis conocimientos previos, y porque me confrontó con una realidad literaria y humana permanentemente renovadas, todo esto no obstante haber estado transitando junto con él por los mismos caminos.

